

251

**NO SE PRESTA**

**Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura**

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO IX.

**TERCER CENTENARIO**  
DE LA  
**SANTÍSIMA VIRGEN DEL TRÁNSITO**





**TERCER CENTENARIO**  
DE LA  
**SANTÍSIMA VIRGEN DEL TRÁNSITO**



**CARTA PASTORAL**

QUE EL ILMO. Y RVDMO. SEÑOR

Dr. Don Antonio Alvaro y Ballano,

OBISPO DE ZAMORA,

DIRIGE A SUS DIOCESANOS

EN LA CUARESMA DE 1919



**ZAMORA**

ESTABLECIMIENTO TIP. DE SAN JOSÉ

Fray Diego de Deza, 7.—Teléfono, 72.

1919





Nós el Dr. D. Antonio Alvaro y Ballano

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica  
Obispo de Zamora, etc., etc.

A nuestros muy amados Clero y pueblo fiel.

Salud, paz y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

*In me omni spes vitæ et virtutis. Tran-  
site ad me omnes qui concupiscitis me,  
et a generationibus meis implemini. Me-  
moriam meam in generationes sæculorum.*

*(Eccli. XXXIV, 25-26-28)*

En mi se halla toda esperanza de vida  
y de virtud. Venid a mí cuantos me de-  
seáis con ardor y saciaos con mis frutos.  
Mi recuerdo permanecerá á través de los  
siglos.

## **Hermanos e hijos carísimos:**

### **I**

*Amarguras y consuelos del  
cargo pastoral, en la salva-  
ción de las almas.*

**N**o una, sino muchas veces, agobiados por el dolor de  
ver a tantos hijos nuestros volver las espaldas a la luz de  
la fe, y prescindir de ella, aún sin negarla; menospreciar la  
autoridad de Dios y de la Iglesia al quebrantar sus precep-  
tos con incomprensible facilidad; renunciar a los puros y

elevados ideales del cristianismo; sustituyéndolos con las bajas y denigrantes aspiraciones del hombre mundano y carnal que sólo por los bienes terrenos se afana y por los placeres del cuerpo, sin que nada descubra más allá del reducido horizonte de la materia; y caminar tranquilos por las sendas del pecado que, aunque cómodas, espaciosas y alfombradas de flores, conducen al abismo de la eterna perdición, no hemos hallado otro recurso que postrarnos a los pies de Nuestro Divino Salvador para desahogarnos y llorar allí la obcecación, la ingratitud, la ruina de esos desgraciados, redimidos con la Sangre del Cordero sin mancha, y esclavos todavía, por su propia voluntad y para su infortunio, del cruel tirano de las almas. Y sintiendo desfallecer nuestras fuerzas ante la extensión del mal, la magnitud del peligro y su desproporción con nuestra flaqueza, hemos levantado los ojos suplicantes para fijarlos, a través del costado abierto del Redentor, en su Corazón amorosísimo, dirigiéndole con la pena terrible de un padre que ve perecer a sus hijos, pero también con la dulce confianza que inspira un Dios crucificado por los hombres, esta fervorosa plegaria: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, y pues él es tu herencia, haz que desaparezca semejante oprobio. (1)

Mas en medio de los sinsabores y amarguras que lleva consigo el cargo pastoral, hay también a veces satisfacciones y consuelos que levantan el ánimo decaído y sirven de suave refrigerio al espíritu, como si con ellos quisiera Dios Nuestro Señor infundir al corazón nuevos alientos, y comunicar a la naturaleza humana, débil de suyo, las energías que insensiblemente va quizá perdiendo en la ardua y penosa tarea de salvar las almas, luchando sin tregua ni descanso con los enemigos que solapadamente o al descubierto pretenden arrebatarnos la vida.

No faltan entre vosotros, por la divina misericordia, esos rasgos característicos de las almas sincera y profundamente creyentes, esos preciosos frutos de virtudes sobrenaturales, esas muestras del amor divino cuando se ha

---

(1) Joel II, 17.



enseñoreado del corazón, esas manifestaciones admirables de la caridad cristiana que llega a experimentar dulce placer en sacrificarse por sus semejantes, esa docilidad y sumisión santas que convierten en reyes a los siervos de Dios, esos ejemplos, en fin, de fe viva, de religiosidad firme, de piedad acendrada que tanto enaltecen, elevan y dignifican a los pueblos y que mueven con frecuencia a vuestro Prelado a mostrarse agradecido al Dador de todo bien, que realiza en vosotros esas maravillas de la gracia. En semejantes ocasiones las sombras parecen disiparse, y quedar únicamente el cuadro con su brillante colorido de esperanza, de alegría, de íntima satisfacción.

*Grandiosa manifestación pública del pueblo zamorano en honor a Nuestra Señora del Tránsito.*

Uno de esos ejemplos, el más grandioso que desde hace mucho tiempo habeis dado, uno de los testimonios más elocuentes e irrefragables de vuestras creencias, sentimientos y amores, tuvimos la dicha de presenciarlo pocos meses ha, cuando miles y miles de almas, en devotísima, fervorosa y entusiasta manifestación de amor sincero y tierno a la Madre de Dios, recorrieron las calles de esta ciudad acompañando con la tristeza y la esperanza en los corazones, con lágrimas en los ojos y con fervientes plegarias en los labios, trémulos por la emoción, a la imagen veneranda de Nuestra Señora del Tránsito.

Todavía perdura la impresión gratísima que Nos produjera la conmovedora brillantez del acto, y como entonces, tampoco ahora hallamos palabras a propósito para ponderar y encomiar cual se merece aquella espléndida solemnidad; pues únicamente habiendo visto a todo un pueblo, a nuestro amado pueblo de Zamora, formar en las filas interminables de la magna procesión de rogativa, demostrando una vez más su confianza tradicional, inquebrantable, ciega en su Virgen queridísima, aspirando los embriagadores

efluvios que en el ambiente flotaban de su cariñosa y maternal protección, esforzándose por contener las naturales expansiones de un entusiasmo hondamente sentido y que pugna por estallar en clamorosas aclamaciones, abrumado y como subyugado por lo imponderable de aquella manifestación, en la que no había ni remisos ni indiferentes, sino espíritus caldeados por la devoción y la piedad, corazones que palpitaban al unísono y latían a impulsos de un sentimiento vivo, dulcísimo y ferviente, del amor a la mejor de las madres, y en la que todos rivalizaban en ofrendar a la Reina del cielo las finezas de dóciles y agradecidos súbditos, lo mismo las autoridades, realzando con ello sus ya acreditados prestigios, que los demás habitantes de esta católica ciudad, y aun de otras localidades próximas, identificados totalmente, cualquiera que fuese su condición, clase, sexo y edad, en una misma esperanza y en un mismo afecto, sólo, repetimos, habiéndolo presenciado, es como puede formarse idea de aquel espectáculo impresionante, que dejará grato, imperecedero recuerdo en los anales de la piedad del pueblo zamorano.

Con sentimientos de viva gratitud hacia vosotros, V. H. y A. H., por haber acogido con tanto cariño nuestra invitación y procurado satisfacer tan cumplidamente nuestros deseos, y con esa gozosa satisfacción que experimenta un padre al celebrar con sus hijos el recuerdo de prósperos acontecimientos, os enviamos de lo íntimo del alma nuestros aplausos y felicitaciones, y considerando aquel acto no sólo como una realidad consoladora, sino también como una esperanza confortante, damos rendidas gracias a Dios Nuestro Señor, fuente y autor de todo bien.

*Ferviente y perenne amor de  
Zamora a la S. Virgen del  
Tránsito.*

Sería ciertamente un ultraje inferido a vuestra piedad pensar tan sólo que vuestro férvido entusiasmo quedó agotado en aquella gloriosa jornada. No; Nuestra Señora del Tránsito tendrá devotos, dispuestos siempre a demostrar que lo son, mientras existan zamoranos: y si los aragoneses invocan a la Virgen del Pilar, y los valencianos a la Virgen de los Desamparados, y a la Virgen de la Cabeza, y de las Angustias los andaluces, y a la Virgen de Guadalupe los extremeños, y los catalanes a la Virgen de Montserrat y de la Merced; si en el centro de España la piedad filial descubre tiernos atractivos en la Virgen del Sagrario y en la Virgen de la Paloma, y al norte de nuestra patria las advocaciones de la Virgen de Begoña y de la Virgen de Covadonga enardecen las almas de los creyentes; si no lejos de nosotros la Virgen de la Fuencisla y la Virgen del Camino cuentan por millares sus adoradores; si cada región, y cada ciudad, y cada pueblo guarda como preciado tesoro alguna imágen de María, que es siempre la misma Madre, cualquiera que sea el título con que se la venera, y ostenta como la más legítima de las glorias la devoción secular y constante con que sabe corresponder a sus bondades y a su patente protección maternal, vosotros, V. H. y A. H., teneis la imagen sagrada de NUESTRA SEÑORA DEL TRANSITO, y guardais para ella los afectos más encendidos, y su nombre bendito es de los primeros que pronuncian los labios balbucientes del niño, y de los últimos que brotan del pecho con el postrer aliento, y el que endulza las amargas tribulaciones de la vida, y el que suena con

acentos de esperanza en los trances de peligro, y repercute como un eco de consuelo y de dichosa paz en el espíritu afligido y conturbado por el sufrimiento y la desgracia; de tal modo, que en este punto a nadie tenéis que envidiar, ni consentiríais tampoco ser por nadie aventajados.

Ved por qué la última exteriorización de vuestra piedad y de vuestros amores a la Virgen del Tránsito, no puede considerarse todavía, a pesar de su espléndida brillantez, como expresión cabal y adecuada de vuestros puros e íntimos sentimientos. Espíritus recelosos y superficiales acaso vieran en ello algo de interesado y aún egoísta, pues que vuestras aclamaciones y obsequios se dirigían principalmente a obtener de Ella os librase del terrible azote de la epidemia, que había llevado el luto a tantos hogares, y a tantas familias el dolor, la miseria y el llanto; quizá no faltase quien calificara aquellos entusiasmos de inconsistentes y fugaces, prontos a desaparecer en cuanto la amenaza del peligro hubiérase alejado. Fué además aquella una manifestación que, por circunstancias diversas, no siendo la menos importante la premura del tiempo, hubo de limitarse a esta capital, sin que tantos devotos como fuera de ella tiene la Santísima Virgen del Tránsito pudieran asociarse a los piadosos homenajes que entonces se la tributaron.

Precisamente en aquellos solemnes instantes, y en medio de la indecible satisfacción que embargaba nuestro espíritu, venían a perturbarlo con pesada insistencia estas ideas, y con todas las veras del alma hubimos de pedir entonces a nuestra dulcísima Madre que Nos concediera la dicha de ver otra vez a sus plantas a nuestra amada grey, en forma tal, que pudiéramos decir que allí estaba no sólo una porción, sino toda ella; que Nos fuera dado presenciar cómo de los más apartados confines de la Diócesis acudían a venerar y aclamar a Nuestra Señora del Tránsito sus amantes hijos, sin que hubiera suspicacia capaz de suponer que les impulsaba otro estímulo que el de la devoción ferviente, ni que les guiaba otro móvil que el del amor desinteresado, que no sólo el temor y la esperanza, sino también la gratitud y el afecto son resortes poderosos para

conmover vuestros corazones cuando se trata de honrar a la Reina de los cielos bajo la hermosa advocación de Nuestra Señora del Tránsito.

Con la confianza que es fruto de la experiencia; con una especie de seguridad basada en las elocuentes, inequívocas pruebas de la maternalmente cariñosa protección que durante toda nuestra vida, y de una manera especial en el ejercicio de nuestro ministerio sagrado, Nos ha dispensado María Santísima, esperábamos que sería atendida nuestra súplica, y hoy, cuando apenas han transcurrido unos meses, vislumbramos ya como muy próxima la realización de nuestras esperanzas y el cumplimiento de nuestros deseos.



*La Veneranda Imagen de  
N. Señora del Tránsito.*

Como de vuestra devoción tantas veces y tan patentemente demostrada, sobre todo últimamente, no podíamos ni debíamos dudar, todo nuestro anhelo se reducía a que la Providencia Nos deparase una ocasión oportuna y propicia para hacer un llamamiento a nuestros amadísimos diocesanos a fin de que de un modo público, colectivo, conmovedor y resonante patentizaran el amor entrañable y nunca desmentido que profesan a su Reina y Señora; y la ocasión, V. H. y A. H., ha llegado muy pronto. El día 2 del próximo mayo se cumple el tercer centenario de una fecha que perdurará siempre en las páginas de la historia del pueblo zamorano, por la celebridad que vino a darle un suceso cuya influencia bienhechora había de sentirse a través de los siglos, y de la cual vosotros mismos podéis testificar.

Cualquiera que sea el valor que en rigurosa crítica histórica hayamos de conceder a los poéticos detalles y milagrosas circunstancias con que, según la tradición, testimonio bellísimo de la piedad de nuestros antepasados, aparece realizado el hecho, es al menos indudable que el día dos de Mayo del año mil seiscientos diecinueve, Zamora añadió al tesoro de sus riquezas y al acervo de sus glorias la de poseer esa Imagen benditísima ante la cual se han inclinado tantas frentes, y se han doblado tantas rodillas, y se han formulado tantos votos, y se han derramado tantas lágrimas, y se han abierto tantos pechos, y se han elevado tantas plegarias, y se han depositado tantas alegrías y tantas tristezas, tantos sufrimientos y tantos goces, tantos te-

mores y tantas esperanzas, tantas confianzas y tantos afectos.

El modo extraño, singular, abiertamente extraordinario y difícilmente explicable según las reglas del humano proceder, con el cual plugo a la Santísima Virgen alzar entre nosotros su trono de Reina de misericordia y Señora de los corazones, es a todas luces indicio de predilección especial por parte de la Madre de Dios a favor de esta ciudad y de esta región, las 'cuales, apercibiéndose bien pronto de lo que aquel beneficio y aquel don significaban, tuviéronse al instante por dichosas con ser así distinguidas por las bondades de María Santísima.

La fama del suceso trascendió inopinada y velozmente a la población, y se extendió de un modo asombroso, por lo rápido, a todos sus contornos, y de él tuvieron enseguida noticia aún aquellos pueblos que por la distancia era de presumir tardasen en conocerlo, y movidas por misterioso impulso venían las gentes a visitar la Iglesia del Convento de Religiosas Franciscanas del *Corpus Christi*, de Zamora, para admirar allí la bellísima imagen que representa a María en el glorioso instante de su tránsito a los cielos, y besar sus manos bienhechoras, y extasiarse contemplando aquel rostro de expresión dulcísima en el que artista desconocido, pero de soberana inspiración, supo hacer que se trasluciera, por manera tan sorprendente, la celestial hermosura del cuerpo de la Virgen, que al volar su alma santísima a la mansión de los bienaventurados, no perdió, sino que mostró acrecentados con los embelesos de un plácido sueño, parecido a un éxtasis de amor, los encantos sobrenaturales y en algún modo divinos del Templo vivo del Señor y del Sagrario del Espíritu Santo.

Y cuando la Virgen sin mancha, dando pábulo a aquella devoción, no exenta de curiosidad, empezó a derramar a manos llenas los tesoros de sus gracias, y los fieles pudieron convencerse por sí mismos de que era verdad lo que anunciaba el público rumor, que los prodigios con que el Señor quería glorificar a su Madre superaban en

mucho a lo que pregonaba la fama, que cuantos con verdadero espíritu de fé y de afecto filial se acercaban a venerar a Nuestra Señora en su nueva sagrada imagen, no se apartaban de allí sin haber recibido alguna muestra de su poder misericordioso, tan generales y espontáneas fueron las manifestaciones de entusiasmo, de piedad y de gratitud, que esta hidalga tierra pareció repentinamente convertida en patrimonio escogido de la Reina del mundo y en pueblo predilecto de María el pueblo zamorano.



#### IV

### *Esperanzas fundadas en la devoción a la S. V. del Tránsito.*

Al observar que entre nuestros amadísimos hijos se dá con alguna frecuencia el caso de que una fe amortiguada y apenas fecunda, una vida poco conforme al espíritu cristiano, y una escasa estimación de las prácticas religiosas aparezcan unidas a la devoción a la Virgen, devoción algo inconsciente, si quereis, y poco reflexiva, pero que se revela con manifestaciones de cariño, de ternura y de firmeza que indican muy hondos sentimientos, pensamos en aquella fecha memorable, y ante el recuerdo de tales escenas en las que se destacan, produciendo nuestra admiración, la bondad complaciente, caritativa y dulce de Nuestra Señora, y el amor decidido, inquebrantable y ferviente de sus devotos, como dos realidades que se reclaman la una a la otra y se identifican en un sólo afecto de la Madre a los hijos y de éstos a la Madre, para formar la brillante y preciosísima diadema que había de adornar con resplandores de gloria las sienes de nuestra Reina celestial, no Nos extraña que siendo en vuestros antepasados tan profundas las raíces de su devoción a la Madre de Dios, perseveren todavía a través de los tiempos, fresca aún ahora su savia por el riego continuo, jamás interrumpido, de las gracias abundantes que como vivificadora lluvia derrama esta providentísima Señora, y hácenos acariciar la esperanza de que esas mismas raíces, que llegan hasta lo más hondo del corazón, aunque a veces se hallen ocultas, y no puedan germinar por el frío helador del exterior ambiente, y el peso con que oprime la losa del pecado, y la dureza originada por las absorbentes preocupaciones terrenas, brotarán un día con

avasallador empuje, y después de mostrar engalanados sus frondosos tallos con las flores vistosas de las virtudes sobrenaturales, producirán sabrosos y sazonados frutos de buenas obras, complemento necesario, inseparable consecuencia de la verdadera devoción a María, que sólo se complace y se alegra cuando ve que sus devotos procuran parecerse a su Divino Hijo, copiando en sus almas los principales rasgos de la imagen de Aquel, y ajustando su vida a las eternas normas de la fe cristiana.

*Motivo de esta Carta Pastoral.*

Esta esperanza, que es también nuestro más vivo anhelo, Nos ha sugerido la idea de dirigiros esta Carta Pastoral. Dios Nuestro Señor Nos ha confiado la misión tan importante como difícil de conducir vuestras almas por los senderos de la vida, y salvarlas, llevándolas al cielo, es nuestra preocupación constante, es el móvil que, en cumplimiento de un sacratísimo deber, impulsa nuestros actos. Seguramente, las imperfecciones y miserias de la naturaleza aumentarán muchas veces la desproporción, enorme de suyo, entre nuestra pequeñez y la sublimidad de nuestro ministerio; pero el amor que en Jesucristo os profesamos Nos hace estar pensando siempre en vuestro bien, y echar mano de todos los medios a nuestro alcance para que seáis lo que vuestra profesión de cristianos exige y llenéis el fin de vuestra existencia sobre la tierra.

No debíamos, pues, ni podíamos olvidar el gran recurso que los ministros de Dios tenemos en el desempeño de nuestra misión; no debíamos ni podíamos omitir el empleo de un resorte que tan maravillosos y consoladores efectos produce cuando de la salvación de las almas se trata; no debíamos ni podíamos dejar de aprovechar las presentes circunstancias favorables para promover la gloria de Nuestra Santísima Madre y excitar más y más vuestra devoción; no debíamos ni podíamos, para decirlo de una vez, consentir que el próximo Centenario transcurriese sin celebrar-

lo con toda la solemnidad y esplendor que reclaman vuestro amor y el nuestro a la Virgen María, cuyo dulcísimo nombre, como dice San Bernardo (1), habríamos de llevar siempre, los que somos sus hijos, en los labios y en el corazón.

Testigo de la eficacísima influencia que en la renovación de los individuos y de los pueblos ejerce la devoción a la Madre de Dios, faltaríamos a lo más elemental de nuestras obligaciones si en todos vosotros no procuráramos inculcarla, si no utilizásemos la pobreza de nuestras facultades para extender y fomentar y avivar cada vez más en nuestro amado rebaño el conocimiento y el amor a la Reina del mundo; porque si cierto es que sólo en Jesucristo está la salvación (2), también es cierto que nadie se salva sino por María (3).

*El centenario de la Virgen del Tránsito será acogido y celebrado con general entusiasmo.*

Ocasión más a propósito para ello que la que Nos brinda el aludido Centenario difícilmente podríamos encontrarla; es éste uno de los casos en que, contando con el favor divino, el éxito parece seguro, indiscutible, y tan satisfactorio como sea desear el resultado de lo que se intenta; porque ¿quién de vosotros, V. H. y A. H., permanecerá insensible, ni se mostrará indiferente, sabiendo que se trata de honrar a Nuestra Señora del Tránsito?

Y como tenemos plena convicción de que en estas circunstancias somos el intérprete de vuestros más caros sentimientos, que coinciden vuestras aspiraciones y las nuestras, por hallarse identificadas las almas, que llevamos la voz de vuestros fervientes anhelos, que no hacemos otra

---

(1) Serm. II, super «Missus est».

(2) Act. IV, 12.

(3) S. Germ. Serm. de Zona B. Virg.

cosa que exteriorizar y coordinar y dar forma a lo que piensa y quiere cada uno de vosotros, no abrigamos la menor duda de que escucharéis solícitos nuestro llamamiento, y que la celebración del Centenario revestirá el carácter de un plebiscito unánime con el cual los fieles de la Diócesis toda, continuando la historia de sus gloriosas tradiciones, y velando por el honor y prestigio de su patria nativa, pero más aún dejándose llevar del espontáneo impulso de sus corazones y de los fervores de su entusiasmo, atestiguarán el amor y la gratitud que a nuestra Señora del Tránsito tienen guardados en el precioso relicario de sus almas.

Los cultos religiosos con que, mediante el auxilio de Dios, pensamos conmemorar el dichoso acontecimiento, y cuya solemnidad principal la reservamos para los que tengan lugar el 4 de Mayo próximo, por ser el día festivo inmediato a la fecha del Centenario, queremos que revistan carácter de universalidad en nuestra Diócesis, ya que en toda ella tiene Nuestra Señora sinceros devotos, los cuales se han de complacer grandemente en honrarla, y también porque no sólo sobre esta ciudad derrama pródiga sus favores y multiplica sus mercedes nuestra celestial Protectora. ¡Y cuánto ha de agradarla, y cómo se han de conmover sus entrañas maternales cuando, al volver hacia nosotros sus ojos de misericordia, vea a rebaño y Pastor, como si tuviesen un sólo corazón y una sólo alma, entregados decidida y totalmente a la hermosa tarea de corresponder con piadosos homenajes de cariño a sus bondades inefables!

Porque tanto como Nós, deseais vosotros que llegue el momento de demostrar hasta donde alcanza vuestra piedad en este punto, prescindimos de apremiantes exhortaciones, limitándonos a una sencilla invitación, hecha, eso sí, con todo el calor y toda la ternura con que un padre puede animar sus hijos a conmemorar juntos una de las fechas de más grato recuerdo en la familia. Y esta invitación la dirigimos a todos: a las dignas y respetables autoridades, con cuyo concurso estamos seguros de contar una vez más, ya que tantas pruebas de afecto y de adhesión Nos tienen

dadas durante nuestro Pontificado, y cuya religiosidad no necesita estímulos cuando se trata de cooperar en las manifestaciones populares de fé católica; a los venerables Párrocos, siempre dispuestos a trabajar por la gloria de la Madre del Supremo Pastor de las almas, porque saben muy bien que si han de conseguir que sus ovejas lleguen hasta Jesús, han de conducirlos por María; a nuestros carísimos Sacerdotes, para los cuales es la Santísima Virgen, después de Dios, el más dulce objeto de su amor, y el que más vivamente enardece los entusiasmos de su celo; a las Comunidades religiosas, a fin de que, en forma que sea compatible con la vida que profesan, se asocien a los homenajes tributados a la Inmaculada Esposa del Espíritu Santo; a los fieles todos confiados a nuestra custodia, de cuya eterna salvación tendríamos sólida garantía si los viésemos acogerse diligentes bajo el manto protector de la Reina Soberana, asilo seguro a donde no llegan los emponzoñados dardos del enemigo.

*Celebración del centenario en los pueblos para los fieles que no puedan concurrir a Zamora.*

A todos espera Nuestra Señora del Tránsito para recompensar con los dones regalados de su amorosísimo corazón los obsequios de filial cariño con que quieran honrarla sus devotos. Muchos serán indudablemente los que sin temor a molestias ni dificultades, antes bien alegrándose de que ellas hagan resaltar lo sincero de sus amores, concurren a los cultos que han de celebrarse con dicho motivo; pero aún a quienes se vean imposibilitados de hacerlo, principalmente por no poder trasladarse a esta ciudad, deseamos proporcionarles el consuelo de tomar parte en ese coro de alabanzas que han de resonar como grandioso himno de amor ferviente y de gratitud profunda, y han de subir desde todos los ámbitos de la Diócesis hasta el excelso trono de Nuestra Reina y Nuestra Madre; y a este fin, dispo-

nemos que en todas las Parroquias de nuestra jurisdicción, excepto las de esta capital, el indicado día cuatro, primer domingo de Mayo, se solemnice la conmemoración del Centenario con algunos cultos religiosos, por la mañana o por la tarde, según lo estimen conveniente los señores Curas, los cuales procurarán valerse de esta oportunidad para excitar a sus feligreses, por medio de una plática sencilla, no sólo a permanecer en la devoción a la Santísima Virgen, sino también a esforzarse porque esta devoción reúna las condiciones de sincera, provechosa y digna de la celestial Señora, organizando además, donde sea posible, comuniones generales, a lo menos de niños de uno y otro sexo; pues en la unión e identificación con Jesucristo por medio de la Sagrada Eucaristía es donde el alma experimenta en más alto grado los goces purísimos de ese amor inefable con que Hijo y Madre se aman, y del cual el nuestro ha de ser una participación. Esperamos también que las Religiosas de clausura se unirán en espíritu a las solemnidades del Centenario, y que en el domingo citado avivarán el fervor de sus plegarias y tributarán, en la forma que su devoción les sugiera, especiales obsequios a la Santísima Virgen.

*Coincidencia de este gran  
acontecimiento religioso con  
el pavoroso problema so-  
cial.*

Nada sucede en el mundo, V. H. y A. H., que no esté sabiamente ordenado por la providencia divina, y el hecho mismo de que coincida este Centenario con los momentos de zozobra y de pesadumbre, con la situación inquietante que actualmente atraviesa la sociedad, debemos considerarlo como providencial aviso que nos señala, recordando lo que con frecuencia se olvida, dónde hemos de fijar nuestra esperanza y buscar el suspirado remedio.

Cuando parece tambalearse aún lo reputado como más sólido, según las humanas apreciaciones; cuando lo caído, con ser tanto, no asusta ya, sino en cuanto arrastra a lo que queda en pié, y amenaza formar con todo ello un ingente montón de ruinas; cuando los cuerpos padecen las torturas del hambre, y palpitan de odio los corazones, y la duda y el desaliento entenebrecen las almas; cuando la tempestad se cierne sobre nosotros como próxima a descargar los que somos creyentes debemos levantar la vista al cielo, y en los negros y densos nubarrones, llenos de vapores de sangre, más que de vapores de agua, veremos dibujarse el arco iris, que si es simbolo de esperanza, es también emblema de María Santísima.

¡Ah! ¡Son muy pavorosos los problemas que han de resolverse, difíciles y arriesgadas las soluciones, angustiosos y críticos los instantes, oscuro e incierto el porvenir! ¿Por qué, pues, en vez de estériles lamentaciones, no se acude a Dios para obtener de El lo que por ningún otro medio puede conseguirse? ¿Por qué aún después de haber en-

sayado todos los procedimientos, y agotado todos los recursos, y desacreditado todos los programas, evidenciándose la impotencia del hombre, por más que se la disfrace con ridículos alardes de energía pueril, todavía se persiste en el empeño de no contar con Dios, y se descarta, elimina y repudia el elemento sobrenatural?

*Deber de los cristianos de acudir a Dios en estos críticos momentos.*

Y, sin embargo, Dios es nuestro Padre, la bondad misma, de cuya naturaleza es propio hacer el bien, y que nos lo ha hecho a costa de su misma sangre y de su misma vida. «El que tuvo cuidado de vosotros antes que existieseis, dice San Agustín, ¿cómo habría de abandonaros ahora que sois lo que Él ha querido que fueseis? (1) Cuida de cada uno de nosotros como si no tuviese que cuidar de nadie más, y cuida de todos los hombres juntos como si no formasen más que uno sólo» (2). ¿Por qué, entonces hemos de morir? (3); ¿Por qué no hemos de esperar contra toda esperanza sabiendo que Dios omnipotente y misericordioso está por entero a nuestra disposición, según la expresión gráfica de San Bernardo? (4); pero es preciso para que nos ayude, que volvamos nuestra vista a Dios, que no nos desentendamos de Él, que reconozcamos su intervención soberana en todos los acontecimientos que forman la trama complicada de la historia de la humanidad, que estemos persuadidos de que no nos bastamos a nosotros mismos, de que únicamente Dios puede evitar los desastres y reparar las ruinas que nuestra ignorancia y nuestras torcidas inclinaciones continuamente ocasionan, y que conocedores de nuestra miseria acudamos a la divina misericordia: porque aunque el Señor está deseando concedernos sus dones,

---

(1) In Ps. XXXIX.

(2) Lib. III Confes. cap. XI.

(3) Ezech. XVIII, 30.

(4) Serm. III in Circuncis.



no los da, como afirma San Agustín (1) sino a quien de un modo u otro los pide; condición sencillísima que, una vez cumplida, obliga en cierto sentido a Dios hasta a llevarnos en sus brazos, si es preciso, en expresión de la Sagrada Escritura (2), y a convertirse en nuestro alimento si padecemos hambre, en nuestra bebida si tenemos sed, en nuestra luz si caminamos a oscuras, y en vestido de inmortalidad que cubra nuestra desnudez (3).

*Para volver a Dios es preciso  
ir por María.*

El mundo está sufriendo las consecuencias de su alejamiento de Dios, y mientras a El no vuelva, inútiles serán todas las tentativas por mejorar su situación angustiosa. Mas para volver a Dios sólo hay un camino, el mismo por el cual Dios quiso venir a nosotros (4); y ese camino no lo recorrió el Señor, ni podemos nosotros por consiguiente recorrerlo, sin pasar por María, centro en el que convergen todas las inefables operaciones de Dios cuando quiere manifestarse a los hombres, y centro también de todas las aspiraciones de las almas que buscan la divinidad; canal por el que discurren las aguas celestiales de la gracia que se derraman sobre la tierra, y escala por la cual la criatura humana se eleva hasta unirse con el Sér Supremo.

Si hay algo bueno en nosotros, a María se lo debemos; si deseamos algún beneficio de Dios, de María hemos de esperarlo; si nos amenaza algún peligro, a María tenemos que acudir; porque Dios no nos otorga ninguno de sus dones, ni nos dispensa sus mercedes, sino por medio de María Santísima (5), y aquel de quien esta Señora aparte su rostro, perece sin remedio (6).

---

(1) In Ps. XXXIX.

(2) Isai XLXI, 4.

(3) S. Aug. Tract. XIX in Joan.

(4) S. Thom. Suppl. q. 72, a. 2.

(5) S. Bern. in Nat. B. M. V.

(6) San Germ. in Psalt. Virg.

Más, por tanto, que en otras ocasiones, en las actuales circunstancias, cuando el vendaval arrecia, y se encrespan con furor las olas, y no parece improbable el naufragio, conviene que miremos a Nuestra Madre, como a estrella que ha de guiarnos, y que, fija en Ella la vista, ordenemos convenientemente los movimientos todos de nuestra vida (1). ¡Entonces si que se lograría, V. H. y A. H., la verdadera, la sólida, la fecunda renovación, y no esa especie de fantasma que muchos ilusos persiguen, sin lograr otra cosa que ser víctimas de nuevos desengaños!

Porque o esa renovación no significa nada, o supone que ha de inyectarse nueva vida a esta sociedad decadente, enfermiza y anémica, que si a veces presenta apariencias de lozanía y vigor, la gangrena corroe sus entrañas. Vida nueva, no de placeres, ni de progreso exclusivamente material, ni de libertad desenfrenada, ni de malsanas concupiscencias; sino aquella vida que, en expresión de San Efrén (2), introdujo en el mundo la Santísima Virgen, y en él la conserva para que no perezca; la vida propiamente cristiana, que no es de soberbia que hace tiranos aún a los pequeños, sino de humildad que convierte en servidores a los mismos reyes: ni de afán inmoderado de riquezas que endurece el corazón, sino de ambición santa de los bienes del espíritu que va siempre acompañada de generoso desprendimiento; ni de justicia que se doblega ante el fuerte o el osado, o es disfraz que encubre crímenes y bajezas, sino de derecho incompatible con toda flexibilidad, que le haga apartarse de las normas eternas de la ley divina; ni de comodidades, lujo y satisfacciones terrenas, que enervan los caracteres, deprimen las almas y hacen olvidar al hombre su destino, sino de los goces nobles y puros que proporcionan el cumplimiento del deber, la práctica de la virtud y el respeto a la propia dignidad; en una palabra, la vida, no de egoismos; tal como hoy se manifiestan en todos los órdenes, actuando de elemento disolvente de la sociedad y amenazan-

---

(1) Serm. de laud. Virg.

(2) S. Ambr. Lib. de laudib. Virg.

do reducirla al estado del caos, con torpes disensiones, luchas fratricidas y odios crueles y repugnantes, sino de amor, de amor santo y efusivo que purifica y eleva y avasalla con suave influjo; de ese amor que tiene su manantial en el seno de la divinidad misma, que es la savia que vivifica las almas y regenera los pueblos, que es el restaurador de las ruinas y el sostén de las naciones, que hace de todos los hombres una sola familia, los intereses de cuyos miembros son inseparables, las aspiraciones idénticas, comunes los peligros, y que tienen en el cielo una Madre que nos dió un Dios que es amor (1), y precisamente con ese amor y por ese amor nos comunicó la vida.

---

(1) I Joan. IV, 8.

*La oportunidad del centenario, indicio y presagio del favor de María.*

Señal, es V. H., y A. H., y señal muy manifiesta, de la carifiosísima protección de la Santísima Virgen, el que cuando la sociedad se estremece en convulsiones terribles porque ha menospreciado el amor que trajo al mundo el Hijo de María, Ella, como previniendo nuestros deseos y estimulando la pereza, nos anime, con ocasión del próximo Centenerio, y nos ponga, por decirlo así, en el trance de implorar su patrocinio y acogernos a su bondad, a fin de infundir en nuestras almas el amor de su hijo, y el suyo propio, y ser de este modo la causa de nuestra salvación.

Lo será indudablemente, si nosotros no lo impedimos; porque su oficio es ese, como afirma San Bernardino de Siena (1), y continúa desempeñándolo desde el cielo como lo desempeñó en la tierra, con la misma misericordia, clemencia y piedad ahora que está entre los ángeles, que cuando vivió con los hombres; «Ella tiene cuidado de nuestras cosas terrenas, y promueve y gobierna y conserva lo que nos pertenece; obra suya y don suyo son el buen gobierno y la paz de los pueblos, el poder de los cetros, la fortuna próspera de los ejércitos y la posesión de cuantos bienes tenemos: por Ella vivimos, nos movemos y somos, y de Ella nos viene todo cuanto nos acontece de favorable en esta vida y en la otra» (2).

Grandes bienes esperamos que ha de reportar a nuestra amadísima Diócesis la celebración de la solemnidad anunciada, si todos vosotros, como de ello tenemos seguridad, haceis manifestación ardorosa y entusiasta de vuestros sen-

(1) Vol. III, serm. 6.

(2) S. Joan. Euchaitens. Serm. in Deip. Dormit. n.º XXXII.

timientos hacia la Santísima Virgen del Tránsito, procurando que se destaque y resalte el amor que la profesais; amor que para ser sincero ha de buscar la semejanza e intentar la imitación, copiando cada uno en su alma, siquiera sea de imperfecta manera, pero suficiente para que pueda decirse que los hijos se parecen a su Madre, las virtudes de que la Santísima Virgen es acabado modelo.

Que Ella misma os inspire, V. H. y A. H., el deseo de la verdadera devoción, y la conserve y la aliente y perfeccione; pues así tendreis el amor que Dios da a los que quiere salvar (1); y honrando, invocando y alabando a María Santísima con afecto entrañable y piedad ferviente, estad seguros de que Nuestra Madre, siempre generosísima, corresponderá a vuestros filiales obsequios con la abundancia de sus bendiciones, que son las bendiciones de Dios, en prenda de las cuales os damos la Nuestra muy efusiva en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Zamora, el día 19 de Marzo, Fiesta de San José, Esposo de la Virgen Santísima, del año 1919.

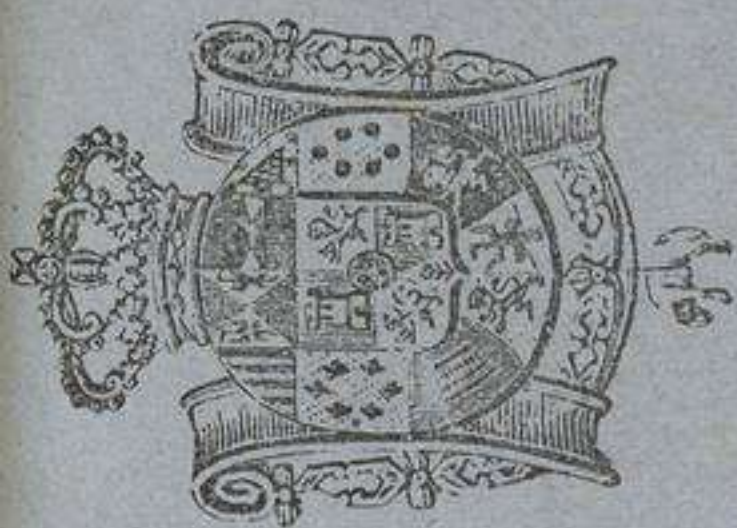
† ANTONIO, *Obispo de Zamora.*



Por mandado de S. S. Ilma.  
el Obispo, mi Señor,  
Angel Alvaro y Ballano,  
Can., Srio.

(1) S. Joan. Damasc. Orat. de Anuntiat.





MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1879.

